

vicios, parte por su falsa posición, parte por el dominio que ejercía sobre él Abu-Said, hombre pérfido, que no satisfecho con mandarle como un esclavo y obligarle á que condenara á muerte al mejor de sus vizires, le destronó, le hizo matar á traición por sus propias gentes, y después de haber paseado por las calles de Granada la cabeza del príncipe y la de su hermano Cais, se hizo proclamar rey por sus parciales con escándalo del pueblo. Sufrió terriblemente Mohamed al ver su imperio á merced de tan bárbaros monarcas. Volvió á suplicar á D. Pedro que le prestara auxilio, y se lo suplicó tanto y con tanto ahínco, que en 763 (1362) logró al fin tenerle en Ronda al frente de una numerosa hueste de caballería é infantería. Unidos musulmanes y cristianos, partió sobre Casares y de allí sobre Hins Azara, plaza que atacó con tal denuedo, que la tomó por asalto á pesar de los muros y la alcazaba que la defendían. Rindiéronsele al verle vencedor muchos pueblos de la comarca, y todo parecía favorecer su intento de recobrar el trono; mas ni aún la victoria pudo ahogar la voz de sus generosos sentimientos, ni hacerle olvidar lo que debía á su reino y á su patria. No pudiendo sobrellevar la idea de que sus pueblos, sólo por él, se vieran entregados á los horrores de la guerra, rogó al rey D. Pedro que abandonara su empresa, y se lo rogó con el mismo ardor con que antes había solicitado su apoyo. «Por ningún imperio del mundo debo sacrificar mi patria, le dijo: prefiero vivir en la emigración á reinar sobre un montón de ruinas:» rasgo generoso y sublime que probará á los ojos de algunos escritores debilidad de ánimo en Mohamed, y no revela á nuestros ojos sino grandeza de alma, heroísmo. No es héroe sólo el que arriesga su vida y la vida de sus hijos; es héroe también el que sabe sacrificar por el bien común la satisfacción de la venganza, de la codicia de mando, del orgullo, de todas las pasiones que devoran y pervierten el corazón del hombre.

Ganó Mohamed con esta noble acción lo que difícilmente habría alcanzado con derramar la sangre de sus súbditos en

cientos campos de batalla. Cautivó de día en día á sus mismos adversarios. Hizo resaltar más y más á la vista de los pueblos la tiranía de Abu-Said, que desconfiando de sus propias fuerzas y deseoso de granjearse la amistad de D. Pedro, le envió sin rescate al maestre de Calatrava y á otros ilustres castellanos que acababa de vencer en la frontera. Fué proclamado aquel mismo año en Málaga y saludado todos los días por nuevos adoradores que se iban acogiendo á la sombra de sus banderas; y puso al fin en tal turbación al usurpador, que no creyéndose éste seguro ni aun en su reino, fué á entregarse en brazos de su mortal enemigo el rey de Castilla, llevando consigo las más ricas joyas y los mejores jaeces, armas y caballos. No tardó en verse libre para siempre de Abu-Said, que murió alanceado en Sevilla por el mismo D. Pedro, después de pasados á degüello en aquel alcázar los nobles que le acompañaban; entró en Granada, en medio de las ardientes aclamaciones de todos los ciudadanos, y aun de los mismos parientes de las víctimas sacrificadas á traición en la corte de Castilla.

Gobernó desde entonces el reino con la misma confianza que á la muerte de su padre. Tuvo á los pocos meses contra sí al walí Alí-ben-Alí-ben-Ahmed-ben-Nasr, individuo de su propia familia; pero bastó que llamara en su socorro á los mismos pueblos para vencerle en cuantas batallas aceptó y reducirle á huir y vagar errante y sin asilo. Era más fuerte que nunca, y no dió ya en la vida con quien se atreviese á disputarle un poder que le había dado no la violencia, sino el derecho, no las armas, sino el amor y los sentimientos de justicia de todo el reino.

No pudo, sin embargo, gozar de completa paz. Había tenido un verdadero amigo en D. Pedro de Castilla, y habría merecido la calificación de ingrato si le hubiese abandonado á sus propias fuerzas cuando estalló la guerra entre él y D. Enrique, aquel conde de Trastámara que no temió pedir en defensa de sus derechos el apoyo de Aragón y Francia. Envióle por de pronto al mando del esforzado Reduán seiscientos caballeros de los

mejores de su reino; envióle á poco siete mil caballos y gran número de infantes que llegaron á tomar el alcázar viejo de la ciudad de Córdoba y talaron las campiñas de Jaén, Úbeda, Baeza y otros muchos pueblos del norte de Andalucía; y cuando vió que ni aún esto bastaba para salvar á su aliado, reunió todas sus fuerzas y salió de Granada al frente de un formidable ejército. No había aún traspasado las fronteras cuando supo la muerte de D. Pedro; mas lejos de retroceder se metió en Castilla rechazando la alianza con que le brindaba D. Enrique, y asoló cuantos pueblos encontró sin muros que pudieran detener sus pasos. Dirigióse al año siguiente á Algeciras, á la sazón mal defendida, la tomó por asalto, y temeroso de que no volviera á caer en poder de cristianos, la entregó á las llamas y derribó los muros hasta no dejar piedra sobre piedra. Habría podido hacer aún mucho más; pero quería la paz, y cuando consideró que había ya dejado vengada la muerte de D. Pedro y bien puesto el honor de las banderas musulmanas, otorgó al nuevo rey de Castilla las treguas que pedía, y regresó á Granada, deseoso de cicatrizar las heridas que había abierto en su reino la insensata ambición de Ysmail y de Abu-Said y su alianza con un rey cruelmente justo y más cruelmente desgraciado.

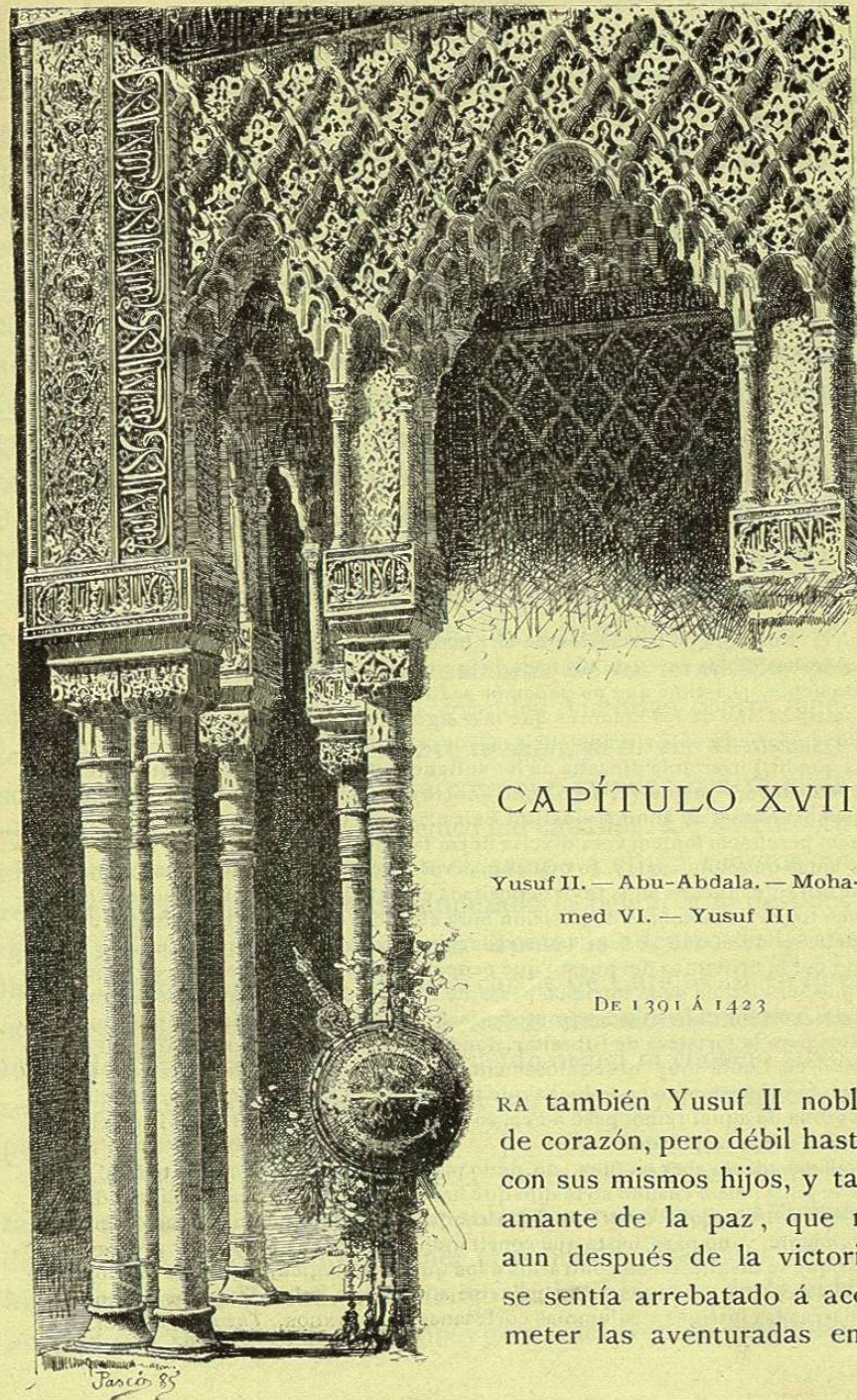
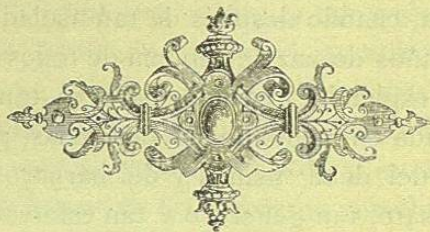
Un príncipe que sentía tanto las desventuras de los súbditos, ¿á quiénes mejor que á los desventurados podía consagrar sus primeros trabajos administrativos? Trató de edificar una casa de asilo para pobres y enfermos, y la levantó desde los cimientos en poco más de un año. Construyó un edificio magnífico, y llevó su buen corazón al extremo de adornarlo con fuentes y estanques rodeados de alegres alamedas para que pudieran los tristes divertir mejor sus penas y su melancolía. Fomentó la industria en todo el reino, y llevó las artes á su más completo desarrollo. Hizo en pocos años prosperar tanto su corte, que, como dice el Khattib, autor contemporáneo, no parecía Granada sino el emporio del comercio, la metrópoli de todas las ciudades

del Mediterráneo, la patria común de todas las naciones. Reuniéndose entonces en Granada, ya como mercaderes, ya como viajeros, musulmanes, judíos, cristianos, hombres de todas las religiones y de todos los imperios, siendo tanta la tolerancia que en ella había, que al jurarse por sucesor á Abu-Abdala-Yusuf, hijo de Mohamed, y sobre todo al venir á Andalucía el príncipe de Fez para dar su hermana á Abu-Abdala y casarse con Zahira, hija de una de las principales familias de la nobleza granadina, fueron á tomar parte en las justas y torneos que se celebraron caballeros de Egipto, Castilla, Francia y otros reinos de África y Europa. Mucha, muchísima había de ser entonces la vida de Granada, cuando después de tan asoladoras guerras civiles, en cortos años de paz se reponía de todos sus quebrantos y recobraba el esplendor perdido; pero es también indudable que fué afortunada en medio de sus desdichas, puesto que tuvo por contrapeso del débil Ysmail y del bárbaro Abu-Said á un príncipe tan sensato, tan generoso y tan esforzado como Mohamed V, uno de los pocos reyes de Granada que bajaron al sepulcro sin mancha en el corazón, sin una herida abierta por mano de súbditos, sin llevar consigo el odio del pueblo, sin remordimientos (1).

Falleció Mohamed en 694 (1391), once años después de haber muerto en Castilla el rey Enrique, con quien había prolongado las treguas convenidas, y uno después de haber subido al trono Enrique III por muerte de D. Juan I. Fué general el sentimiento producido por la noticia de tan irreparable pérdida. Acompañáronle al Generalife, donde se le enterró, todas las

(1) El Khattib, contemporáneo de Mohamed, de quien fué vizir, decía ya entonces de Granada: «Est autem Granata urbium maximè maritimarum metropolis, superbum totius regni caput, nobile mercatorum emporium, classiariorum militum optima parens, peregrinorum undique terrarum confluentium receptaculum, perpetuus fructuum sibi mutuo succedentium hortus, gratissima hominum remora, publicum ærarium, agris, locisque munitissimis celeberrima civitas, inmensum tritici mare et leguminum præstantissimorum necnon serici atque sacchari ferax fodina... Inter singulares illius dotes ea in primis est censenda quod nullo anni die sementes vireta ac læta pascua desideres.» (*Bib. Arab. hisp. esc. t. 2.º*)

clases del Estado; y fué proclamado luégo Abu-Abdala-Yusuf, á quien besaron la mano en señal de vasallaje los nobles y los principales walíes y cadíes de las tahas próximas á la corte granadina.



## CAPÍTULO XVII

Yusuf II. — Abu-Abdala. — Mohamed VI. — Yusuf III

DE 1391 Á 1423

RA también Yusuf II noble de corazón, pero débil hasta con sus mismos hijos, y tan amante de la paz, que ni aun después de la victoria se sentía arrebatado á acometer las aventuradas em-